

## VIII

Apenas consolidado el poder espiritual del Romano Pontífice con la declaración de la infalibilidad, cayó por completo su dominio temporal. Si hay entre vosotros quien haya sufrido la amargura del vencimiento, quien haya emprendido una lucha en que sabía que no iba á triunfar, quien haya sentido sobre sus hombros el peso de la responsabilidad que ante Dios y ante la historia trae la pérdida de un poder que hemos recibido y no nos es dado conservar, se formará tal vez una idea, pero muy imperfecta y ligera, de la pena inconmensurable de Pío IX el nefasto 20 de Setiembre de 1870. Muy imperfecta, sí; porque ¿á quién será dado penetrar en el ánimo del Vicario de Cristo, y sondear la profundidad de su dolor, al ver conculcados los derechos más santos, violados los principios más sagrados de la justicia, ultrajada en su persona la Esposa del Cordero? Las Puertas del Infierno estaban muy lejos de haber prevalecido; pero habían obtenido un triunfo, momentaneo si se le compara con la duración del mundo, largo, si consideramos las muchas almas que esta victoria, aunque efímera, había de perder. Terrible era la pérdida material; pero desaparecía al colocarla junto á las pérdidas morales. Los sepulcros de los mártires iban á ser sacrílegamente

violados; las inícuas leyes y sistemática persecución de que hasta ahora había escapado la Ciudad Santa, iban á ensañarse contra los Cristianos en el Centro mismo del Catolicismo, y bien conocido es el axioma médico: cuando padece la cabeza, el dolor y la enfermedad se extienden á todos los miembros del cuerpo.

¡Oh día mil veces infausto! Aun me parece ver las numerosas huestes piemontesas ir avanzando contra nuestras reducidas legiones, y lanzar de súbito su mortífero fuego contra las débiles murallas. ¿De qué servía el valor, de qué el denuedo, de qué el desprecio de la muerte que á todos alentaba? La victoria era imposible, y la sangre de los defensores del Papa-Rey era la última protesta de Pío IX ante la historia y ante Dios.

Cae derribado el muro; se suspende la defensa por orden del manso Pontífice, y caemos en poder del sacrílego vencedor. ¡Oh, quién me diera la inspiración de Jeremías para describir, cual es debido, la amargura de aquellos instantes! La muerte era preferible á aquellas horas de inexplicable desaliento; y si una queja hubieran podido exhalar nuestros labios, habríamos maldecido la blanca bandera de parlamento que nos sustraía al fuego enemigo, mientras la diplomacia nos entregaba á las victoriosas huestes de Víctor-Manuel.

Un soberano vencido, ó es rey ó es prisionero en sus dominios: por más esfuerzos que se hagan, por más falacias que se inventen, es imposible, aunque á los que vivís en repúblicas se os dificulte comprenderlo, es imposible que se le vea vivir en sus dominios cual simple ciudadano. Pío IX se declaró prisionero, y prisionero permaneció más de siete años en su Palacio. Se le ofre-

cieron honores, y los rehusó; se le brindó con dinero, prefirió quedar atenido á las limosnas de los fieles. *Non possumus* había dicho cuando aún ceñía la triple corona: *non possumus* repetía ahora que se hallaba para siempre *sub hostili dominatione constitutus*.

¡Cuántos monarcas ha visto caer el siglo XIX! Abrid la historia contemporánea y decidme, quién ha caído con más gloria, quién ha defendido mejor sus Estados, quién se ha mostrado más grande al perder sus dominios. ¡Napoleones I y III, Carlos X, Luis Felipe, Monarcas de Austria y de Piamonte que abdicasteis hace treinta años; Soberanos de Italia, destronados recientemente, Príncipes de Alemania sacrificados á Prusia, Isabel, Amadeo, Maximiliano, cuán pequeños pareéis junto á Pío IX!

Observad, Señores, cuán admirablemente condujo la retirada, disputando palmo á palmo el terreno, y haciendo esfuerzos inauditos, que aquí no me es dado enumerar. Observad su entereza al caer en poder de sus enemigos. No lo desalienta el vencimiento, no lo agobia la edad, no lo rinde la poca esperanza de recobrar en vida lo que acaba de perder. Puesta en Dios la confianza, y sabiendo que es tan soberano en la prisión como en el trono, y que aunque encadenado, es el primero entre los reyes de la tierra, habla con el valor y la firmeza de sus primeros días; y al Prusiano, ufano con su inmenso poder, y al Piamontés que lo tiene aherrojado, y al Moscovita, enorgullecido con sus recientes victorias, se opone valerosamente, les echa en cara su injusticia, arroja de su presencia á sus embajadores.

En la prisión del gran Pío IX fué donde me cupo la dicha de ser ungido por sus augustas manos, los prime-

ros días después de nuestro desastre. ¡Oh! si el que ama á una hermosura terrena, repite á cada instante, al morir el objeto de sus afectos: aquí me senté á sus piés, aquí bebí en su copa, aquí me coronó de rosas, no creáis vanagloria, el que yo os diga suspirando: allí me impuso esa mitra que veis sobre el túmulo; allí me entregó el báculo que he puesto sobre el catafalco; allí me dieron sus manos la cruz que hoy brilla sobre mi pecho. ¡Ah! yo amé á Pío IX, yo amé al gran Pontífice que admiraba el mundo, y que se había dignado poner los ojos en su humilde siervo; yo lo amé, y uno de los días mas gratos de mi vida, es aquel que en su prisión dorada, inauguró mi amarga carrera episcopal. Ofrecí ese día el sacrificio en el mismo altar que Pío IX, uní mi voz á la suya, cuando consagramos el mismo pan y el vino, y bebí del mismo cáliz que el gran Pontífice. *Oh dulces exuvie* (diré si me es lícito evocar un recuerdo profano): *dulces exuvie dum fata deusque sinebat*: ¡oh mitra, oh cruz, oh báculo sagrado, prendas dulcísimas y recuerdos imperecederos del Pontífice que me ungió! Miétras él vivió vuestro peso me pareció llevadero! Miétras él vivió él me animó con la palabra y el ejemplo, á llevaros constante y sin desmayar. Cuando quería trocar la mitra por la cogulla, él me enseñaba su tiara de abrojos; cuando pensaba hacer pedazos mi callado, él me hacía ver de lejos el Rebaño universal á su ancianidad cometido; cuando caía abrumado bajo el peso de mi cruz, me hacía sentir el de la suya que llevaba sin doblegarse. ¡Oh prendas en otro tiempo dulces y queridas, *dulces exuvie!* ¿Tendré ya valor para segueros soportando? ¿No me será lícito rogar á la Providencia que me sepulte con

vosotras, en la misma tumba que acaba de acoger al que os confió á mi cuidado? *Accipite hanc animam, meque his exsolvite curis.*

¡Ah nó! ¿Quién osa proferir palabras de desaliento, junto á la tumba del que hace siete años precisos me decía al imponerme el cándido roquete, símbolo de la jurisdicción episcopal: Vé, corre á regar la tierra de Motezuma con el rocío de la buena doctrina, con tus sudores pastorales, y, si preciso fuere, con tu sangre? Y nadie mejor que Pío IX podía proferir tan difíciles exhortaciones. No fué como el agricultor que planta los árboles y no alcanza á ver el fruto de sus fatigas. Muy pocos meses le faltaban para cumplir su lustro decimosétimo,\* cuando ha bajado al sepulcro. Ninguno de los 261 Pontífices, que sucedieron al Pescador de Galilea, había alcanzado á reinar los veinticinco años que Pedro tuvo su silla en Roma; y el conocido pronóstico *non videbis dies Petri*, se tenía ya por axioma inconcuso. Pío IX vió esos días de Pedro, al parecer fuera del alcance de sus sucesores, los vió y los superó, muriendo en el año xxxii de su Pontificado: cincuenta y nueve años ofreció como sacerdote el santo Sacrificio, y no pasó á mejor vida, sin haber cumplido media centuria, desde que fué consagrado Obispo.

¿Quién ha sufrido más alternativas que Pío IX en su largo reinado? Si del primer Napoleón cantaba admira-

\* Vaticano, 30 de Octubre de 1877.

Tengo el placer de aseguraros, que el Santo Padre Pío IX, nació verdaderamente el 13 de Mayo de 1792, como afirmáis.

De V. S. affmo. s. s.

Machi, maestro de Cámara de S. S.

do el poeta, que tres veces lo había visto su musa hundido en el polvo, y tres adorado en el altar, ¿qué dirémos nosotros de los triunfos y caídas, de las victorias y desastres, de los consuelos y amarguras del magnánimo Pío? Pero siempre igual, siempre imperturbable, prosiguió hasta lo último su peregrinación sobre la tierra, cumpliendo hasta el día postrero sus altísimos deberes, y ejercitando en su vida pública y privada, los actos de las más sublimes virtudes. De él no fué nunca cierto el proverbio vulgar, que ningún hombre parece grande á los que de cerca lo tratan. Juan Mastai y el Arzobispo de Spoleto, el Cardenal Obispo de Imola y el Papa Pío IX pudieron siempre contemplarse de cerca y de lejos como dechado de pureza y de santidad.

Ya desapareció esa gigantesca figura. Ya no oiremos esos sublimes discursos que diariamente dirigía á cuantos á él se acercaban, tan llenos de elocuencia, de unción, de encantadora sencillez. Ya no experimentaremos esos rasgos de munificencia y liberalidad, que produjeron el nunca visto fenómeno de que más daba mientras más lo despojaban. Ya no recibiremos de su mano esas tiernas bendiciones á que en tantos años nos habíamos habituado.

¡Oh Dios! Acoge en tu seno al gran Pontífice que tanto miró por tu gloria, que tanto hizo por la honra de tu Iglesia. Considera ¡oh Señor! el grave peso que le impusiste sobre los hombros, y que tantos años le obligaste á llevar. Si, á pesar de tus extraordinarios auxilios, la inmensa mole de nuestros pecados lo hizo alguna vez doblegarse, si el polvo de este ingrato mundo de que ha tenido que rendirte cuentas, oh Juez soberano, alguna

vez manchó su cándida estola, con lunar en otro menos puro no perceptible, oye, Señor, los ruegos que de todos los ámbitos del globo suben hacia tu trono por quien fué de Tí y de nosotros tan amado, que grande en tu presencia, lo es en la nuestra, y lo será en la de todas las generaciones.

Escúchanos, Señor, con oído benigno, y dignate llevarlo sin tardanza al trono de gloria que le tienes destinado desde el principio.

## ORACIÓN FÚNEBRE

PRONUNCIADA EN LAS HONRAS DE D. JUAN RUIZ DE ALARCÓN Y DEMÁS  
INGENIOS MEXICANOS Y ESPAÑOLES, CELEBRADAS POR LA ACADEMIA  
MEXICANA CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA EN  
LA IGLESIA DE LA PROFESA DE MÉXICO EL DÍA  
3 DE AGOSTO DE 1878.